

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1 de junio de 2003.

Marcos 16, 15-20

1.- Mandato misionero. El hecho de la Ascensión cierra el tiempo pascual. Más bien lo trasciende haciéndolo presente y permanente: **“hasta el fin de los siglos”**. Fiel al mandato, y en un esfuerzo constante por corresponder a él, la Iglesia se extiende por la amplia geografía transmitiendo el mensaje e interesando a todos. A nadie debe extrañar, y menos a quienes se profesan cristianos, que la Palabra logre confrontar su contenido con la vida real de quienes la reciben. La Palabra, que es toda la Verdad, juzga al pecado y constituye el consuelo de quienes lo abandonan. En aquella jornada de la despedida y de la Ascensión, Jesús aclara su misión, que será de toda su Iglesia: **“Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará. El que no crea, se condenará”**.^[1] A partir de entonces constituirá la mayor traición disimular a Jesucristo, Verdad del Padre, por parte de quienes deben **anunciarlo**. En muchos momentos de la historia quienes han recibido el grave ministerio de ese anuncio lo descuidaron. No por ello el **anuncio** dejó de reclamar la atención de los hombres. La gracia del Espíritu Santo asegura su vigencia y eficacia. Jesús sigue encomendando su necesaria misión a la Iglesia nacida de aquella semilla. La continua predicación de Juan Pablo II intenta despertar las conciencias de quienes han recibido aquel **mandato** impresionante; me refiero a todos los bautizados, de acuerdo a la función que se les ha encomendado. Sostener ese **anuncio** es incómodo y riesgoso. Ha suscitado persecuciones violentas y una campaña de desprestigio contra el Magisterio, menos cruenta pero igualmente perversa. La promesa de su presencia entre ellos, **“hasta el fin de los siglos”**, asegura la eficacia salvadora del mensaje evangélico que recibe su humana formulación de los ministros y de los profetas. Los ciudadanos cristianos debieran entender muy bien este principio elemental de la fe. Los vemos, en el ejercicio de algunas responsabilidades, desorientados e indiferentes. Si acudieran a las verdades, aprendidas en los rudimentos de la catequesis parroquial, otra sería la visión y otro el comportamiento.

2.- Desconexión entre doctrina y vida. Pero, no es así. Se ha producido una desconexión en la vida cristiana de la mayoría y en el compromiso por el orden y la construcción de la sociedad. No sirve mantener prefijos rígidos si la Vida que procede de Jesucristo no fluye constantemente. Ocurre cuando nuestra vida queda al margen de la doctrina que aprendimos y aseguramos profesar. Jesús es la Palabra, no una doctrina. Es la Verdad que asiste a quienes se atienen a sus mandatos y se entregan con alma de enamorados al Dios que los ama. El envío misionero, que emana de la Ascensión, advierte al mundo sin control y orientación cuán grave es el estado en el que se encuentra. Escoge a unos sencillos aprendices para que ejerzan su servicio evangelizador. Así se sienten ellos y ajustan su comportamiento a la inspiración que viene del Espíritu de Jesús. Los primeros convertidos al anuncio de los Apóstoles no ceden a la tentación de la discrecionalidad humana, dejan que aquel Espíritu los invada. No saben formularlo dialécticamente; lo experimentan presente y activo en el horizonte de sus esperanzas. La nueva Vida se inicia sin reflexión por parte de quienes se adhieren a él. Lo encuentran como la existencia, sin esfuerzo intelectual propio, sin pactos. Sólo la conciencia de la propia pobreza predispone para recibir el don, al modo de María, y dejarlo florecer. Pobre verdadero, feliz de conocerse como es y de andar en la verdad. Entonces la gracia del Señor obra hasta dejar de manifiesto los resultados admirables de su diseño. Aquella **“ausencia”** de Jesús es una nueva y reconfortante **presencia** que acompañará a la Iglesia y a la humanidad hasta el encuentro final. La Ascensión no deja la sensación de que Cristo ha partido. Un indescriptible gozo acompañará a los discípulos hasta el fin de los tiempos: **“Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. Los discípulos, que se habían postrado delante de él, volvieron a Jerusalén con gran alegría, y permanecían continuamente en el Templo alabando a Dios”**.^[2] Sólo basta un gesto de atención a su presencia para que se establezca la singular relación de amistad, intensamente buscada. La presentación explícita de Jesús, por parte de la Iglesia, logrará esa relación inefable. El contacto vivo con el Salvador hará el resto, lo inaccesible, lo que sólo Dios logra, aunque sometido a lo menos importante, igualmente necesario: **el consentimiento libre de la persona**.

3.- **Iglesia, conciencia viva de redención.** No existe un prurito mágico en el anuncio evangelizador. La presencia de Cristo en la historia es real. Los hombres tienden a fabularlo todo y a convertir algunas verdades en producto de sus extraños *efectos especiales*. Los milagros de Jesús no son pases mágicos sino *signos*. Expresan la mesianidad del Señor, anunciada con términos muy precisos por los Profetas del Antiguo Testamento. Ahora se da otro tipo de signos. La Iglesia es el signo principal de la presencia salvadora del Señor. La Palabra que anuncia es Cristo; los sacramentos que celebra actualizan a Cristo y a su Misterio redentor, particularmente en la Eucaristía. Es grave que los mismos cristianos no lo entiendan. Por falta de una catequesis adecuada, y por el alejamiento habitual de los medios de la gracia, muchos bautizados confunden cualquier fábula de moda con la Verdad. Ya los Apóstoles prevenían a sus comunidades del engaño producido por las fantasías de pseudo líderes religiosos o de acomodadores del Evangelio a cualquier capricho místico. Cristo ha elegido los signos de su presencia y el vehículo normal de su palabra y de su gracia. Deben ser expuestos con claridad y sencillez y, sobre todo, testimoniados por quienes han recibido de ellos la salvación. Este mundo, tan extraño a los valores evangélicos, necesita el encuentro con el Cristo de la Pascua. Como entonces, se manifestará hoy en su semblanza propia y en su innegable acción redentora. Mundo ansioso y engolosinado en su propio egocentrismo; autosuficiente y frágil; libre y sometido a la esclavitud de sus múltiples ídolos. No obstante, llamado a ser de Dios y reformado interiormente por la acción de su único Redentor: Jesucristo. Si no tiene acceso al Mensaje de Salvación o a la operación misteriosa e invisible de su Espíritu, descenderá al abismo de su propia disolución. El Pueblo de Dios, que la Iglesia hace visible, es la conciencia viva de la Redención y alienta, con su propio esfuerzo de conversión, la marcha dinámica de la historia hacia la perfección del Reino. Jesús la compara al fermento, a la semilla de mostaza y a lo menospreciado por los arquitectos de este mundo pero elegido por Dios. Es preciso que ese fermento siga dando cuerpo a la masa y constituya la constante y firme orientación al Reino. La Iglesia no requiere ser aceptada por todos para ser conciencia y paso firme de la humanidad en su extenso y accidentado trayecto histórico. Es preciso que sea ella misma, fiel a su identidad y misión, y entrañada en el mundo. La misión que Cristo le ha encomendado es la que Él recibió de su Padre.

4.- **Un desperdicio imperdonable.** Algunas referencias periodísticas manifiestan lo que erróneamente el mundo entiende por "*Iglesia*". Si se la observa desde un ángulo inexacto, el de la incredulidad, se la mal entiende hasta confundirla con una organización socialmente poderosa e influyente. Se la entiende bien cuando se respeta su procedencia divina y su misión evangelizadora. A los hombres que la integramos se nos exige mantener absoluta fidelidad a su identidad original. Con frecuencia el mundo nos tienta a adoptar esquemas de poder no confrontados o purificados por el Evangelio. La conversión a Cristo es un proceso no concluido que nos involucra a todos: pequeños y grandes, fieles y Pastores de la Iglesia. Por ello, necesitamos examinar nuestro comportamiento cotidiano a la luz de la Palabra. La docilidad al Espíritu de Pentecostés es una meta necesaria de trabajosa adquisición. Cuando como Pastor me refiero a la Iglesia, la entiendo como ella se entiende a sí misma. Desde esa comprensión predico la palabra de Cristo, en el comentario evangélico de cada domingo, y procuro hallar las aplicaciones que correspondan al estado actual de la sociedad. Para que la palabra de Dios sea eficaz, y ayude a modificar comportamientos personales y sociales que hagan a la constitución de una comunidad justa y fraterna, requiere que se la predique con autenticidad evangélica y que sea recibida en actitud de fe. Si no ocurre así, tanto desde sus predicadores como desde sus receptores, se desperdicia la gracia y la Verdad que proceden de ella. Se produce ese lamentable desperdicio. Quizás no se la escuche porque no se la expone como es debido. Se requiere buena voluntad en quienes la reciben y testimonio de santidad en quienes la ofrecen. De esta manera se dará la transformación del mundo. La humanidad necesita erradicar el pecado de su interior. Pecado que adquiere formas complicadas, a veces ambiguas. Personas de "*convicciones cristianas*" se confabulan con él y lo consideran coexistible con cierta formalidad religiosa o con algunos de sus elementos menos esenciales. Las condiciones actuales de la sociedad, tanto nacional como provincial, manifiestan la necesidad de una coherencia mayor entre los valores espirituales y perennes y las circunstancias. Difícil, a veces inalcanzable. No hemos cesado de recordar que "*no hay imposibles para Dios*" atribuyendo a la gracia de Cristo la posibilidad de superación que el mundo necesita.

5.- **El Hombre que Dios quiere de los hombres.** La Ascensión es el momento en que Cristo glorioso revela la magnitud de su misión y la confía a los suyos como un testamento. No obstante permanecerá con ellos siempre, invisible y únicamente identificable por la fe. La alegría que los embarga es signo de la realidad de su permanencia. Si, como aquellos discípulos, participamos del Espíritu de Jesús, experimentaremos la alegría de saberlo más presente que en aquellos tiempos de

su *vida mortal*. La fe no es una ficción de la realidad sino su visión más exacta. El pecado, en sus múltiples derivados, ha falseado la realidad. Comprobamos que la *fabulación* y la mentira están maliciosamente promocionadas. Bien dicen que el diablo es el padre de la mentira. Nos obliga a vivir una pobre teatralización de nuestra auténtica identidad humana. Cristo es la verdad del hombre, su perfecto modelo, el cumplidor fiel del proyecto del Padre y, por lo mismo, “*el hombre que Dios quiere de los hombres*”. Rompe con la mentira, introducida por el proyecto pecaminoso del primer Adán, y abre la era definitiva de la Verdad que Él encarna para todos. Su presentación es una verdadera necesidad. En ella se juega el destino de la humanidad.

[1] Marcos 16, 15-16.

[2] Lucas 24, 51-53.

[Volver](#)